

LA HOSPITALIDAD EN EL NORTE.



Interior de una habitación noruega.—Cuadro de Fideman.

SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. 25.

La hospitalidad es una de las virtudes distintivas de los pueblos del Norte, una virtud que ya les daba un noble rasgo de carácter en la rudeza de su antiguo paganismo, y que el cristianismo ha purificado y fortificado cada vez mas.

En uno de los poemas de la antigua Edda, *el Abamal* (canto supremo), que los escandinavos atribuyen á su dios Odin, se halla escrito:

«Tiene necesidad de fuego el que camina con las rodillas heladas: tiene necesidad de alimento y de vestido el que atraviesa las montañas.»

El aldeano ruso dice hoy en uno de sus proverbios populares:

La necesidad no tiene tiempo ni estación.

En Islandia, en las cabañas, de lava ó de madera de los pescadores, hay un cuarto separado, un cuarto reservado para el desconocido huésped, para el pobre viagero que venga en nombre de Dios á pedir la hospitalidad.

En Finlandia en las habitaciones agrícolas dispersadas á lo largo del Muonio, en el estío, cuando los trabajos y faenas del campo llaman á todos los habitantes de la casa fuera, la madre de familia, coloca pan y leche sobre la mesa, y deja la puerta abierta de la casa, á fin de que los que pasan por allí en su ausencia puedan sentarse al hogar y comer de lo que tengan necesidad.

Es preciso ayudarse unos á otros: esta es la ley natural, ha dicho La Fontaine. Es una verdad que conocen, sobre todo, los que ocupan casas aisladas á larga distancia de la ciudad y las aldeas, sobre un suelo poco fecundo, bajo un cielo rigoroso, los que conocen las fatigas, los padecimientos, los peligros á que están espuestos por el frío y la nieve los viageros.

Los hijos de las rígidas y ásperas comarcas del Norte no emigran como los de las risueñas llanuras del país de Baden y de las verdes colinas de Wurtemberg; no van allende el Atlántico á buscar una tierra mas fecunda y una temperatura mas dulce; les gusta mas aquella tierra áspera escandinava que tan generosamente cultivan y que hace tan frecuentemente fallar sus esperanzas. Les gustan aquellos rios, aquellos lagos, aquellos *Fiordes* donde en los inviernos tempestuosos van con peligro de su vida á buscar uno de sus medios de subsistencia. Ni las seducciones de un trabajo mas fácil, ni los ensueños de fortuna pueden determinarlos á abandonar aquellas boreales comarcas donde han nacido para elegirse otra patria. No hay un poeta en Islandia, de Dinamarca, de Suecia, de Noruega, que no haya cantado con entusiasmo las bellezas estrañas, pero frecuentemente maravillosas de su país: el brillo de los ventisqueros, las misteriosas profundidades de los bosques, el encanto de los largos dias del estío, la magia de las noches de invierno iluminadas por sus fantásticas auroras boreales; y aquellos cantos son la espresion fiel de los sentimientos de la poesia instintiva y del patriotismo del pueblo escandinavo.

Pero cuando un frío prematuro paraliza la sávia de las espigas, de la cebada y del trigo, cuando en una noche fatal, una blanca helada destruye toda una esperanza de cosecha, frecuentemente entonces los aldeanos del Norte se ven obligados á desertar de sus infructíferos campos é irse á otras provincias á buscar en su industrioso trabajo otros medios de existencia. Frecuentemente en el otoño se ve caminar por los grandes caminos centenares de hombres, mugeres y niños, que desde el fondo de la Dalecarlia van á

Stocolmo á solicitar un asilo para pasar el invierno. Los hombres animosos y robustos emprenden para ganar su vida los mas pesados trabajos: las mugeres se ponen, como ellos, con valor á trabajar tambien: las hay que hacen diversas labores con lana ó con madera; las hay que dirigen las barcas de Melar. Llegada la primavera, toda aquella activa poblacion, vuelve á sus bosques y á sus campos; vuelve á tomar el arado y comienza á abrir en la tierra sus engañosos surcos.

En Noruega tambien los habitantes de los distritos septentrionales, caminan frecuentemente hácia las provincias del Sur. Se van por los ásperos senderos de las montañas de aldea en aldea, de casa en casa, ofreciéndose como trabajadores, como criados al que quiera emplear su destreza y su energía, sin mas recomendacion que su desgracia, sin mas garantías que su honrada fisonomía, y el que tiene necesidad de su trabajo no les pregunta mas. Algunas veces no es una familia entera la que emprende este largo tránsito: es una muger enteramente sola con su niño, una pobre muger á la que la muerte acaba de arrebatár á su esposo que era su sosten, y que tal vez va á la distancia de cien leguas á buscar en su luto de viuda un refugio en casa de algun pariente: ella sola prosigue su triste viage, empero camina con confianza por los sombríos bosques, por las desiertas montañas, porque sabe que nadie se atreverá á insultar su debilidad, y desde que divisa el humo de una chimenea solitaria sabe que puede pasar sin temor el dintel de la puerta de aquella casa, de donde no será friamente rechazada.

Una de esas pobres viageras es la que ha querido representar en sus cuadros noruegos Mr. de Tiresant. Miradla; vedla allí detenida en una habitacion donde todo anuncia una rústica comodidad. Tiene frío, se halla fatigada, y despues que ha entrado la han hecho sentar cerca del hogar. Lleva un niño sobre sus hombros: la que le da la hospitalidad tiene uno en sus brazos. Las dos mugeres se hallan unidas por un mismo sentimiento de corazon, por la ternura maternal. La dueña de la casa no puede separarse del niño que le echa los brazos al cuello. Pero tiene una niña, á quien ha inculcado ya sus principios de caridad, que va á buscar una cuenca de leche y viene risueña á ofrecérsela á la forastera. Permanecerá bajo aquel hospitalario techo la pobre forastera hasta que haya descansado completamente; tomará parte en las comidas de la familia, dormirá en una buena cama, y despues cuando quiera marcharse, su generosa huésped le pondrá en sus alforjas su correspondiente provision. La caritativa niña mirará si el niño está bastante abrigado, ó le dará tal vez uno de sus capuchones. Despues le dirá cordialmente adios, y se marchará bendiciendo la mansion en donde ha hallado un eficaz auxilio, implorando el favor del cielo para las gentes de aquella casa, abierta siempre para el pobre, así como su corazon está tambien abierto siempre á la compasion.

FACUNDO MIGUEZ.

ESTATUA DE MEMNON.—En un llano que se encuentra al oriente de Thebás, se ven dos estatuas colosales representando personassentadas, y que si estuviesen en pie tendrían

cincuenta pies de alto. Se cree que una de aquellas estatuas es la del famoso Menon, que según refiere la crédula antigüedad, daba ciertos sonidos cuando la herían los rayos del sol levante. Muchas inscripciones grabadas sobre sus miembros anuncian que aquel monumento, ya mutilado, fué visitado por muchos romanos de distinción que atestiguan haber oído los sonidos dados por la estatua á la salida del sol. Esto no tiene nada de sorprendente. Sacerdotes ocultos en el interior del coloso podían fácilmente darle por un momento la facultad de cantar.

LA SERVILETA CORTADA.

Caballero, vos llevais armas: ¿tenéis derecho para llevarlas?

(RIMAS TURNESAS.)

La Francia pasaba en otro tiempo por el país de la cortesía, y la corte de Francia, tan rigurosamente compuesta por un tribunal de honor, cuyos jueces tenían algún peso en el mundo. Los mas eminentes personajes de todos los países se envanecían con sus sufragios y se avergonzaban con su crítica. Estos veteranos caballeros, sin miedo y sin tacha, tenían grandes ideas de lealtad; y si no fuésemos tan obstinados en ahogar las antiguas glorias bajo las montañas de laureles que elevamos á las glorias contemporáneas, podemos estar seguros de que se encontrarían cosas muy grandes entre los hechos de los antepasados. Nuestra intención no es escribir aquí un capítulo de su apología, ni elevar un trofeo, sin hacer resaltar una grande acción olvidada. No queremos mas que referir un breve hecho y recordar una ceremonia singular. Pero estas reflexiones preliminares podrán encontrar aquí alguna aplicación.

El 2 de enero de 1395, mesire Juan de Montaygú, gran maestro de la casa del rey, volvía á su mansión de la calle de Jouy, cerca de la poterna de San Pablo, acompañado de uno de sus amigos.

Volvía del nuevo palacio, que los parisienses llamaban el *hotel de las grandes diversiones*, y había invitado á algunos señores á cenar con él. Se apresuró á dar sus órdenes, porque eran las tres y se cenaba á las cinco.

Durante este tiempo, el amigo que le acompañaba, que era el conde de San Pablo, saludaba á la muger del ministro favorito.

En medio de estos preludios, Juan de Montaygú, vió entrar en su patio un escudero ó caballero que parecía venir de lejos. Era el joven señor de Duyvenverde, que á pesar de llegar en traje de camino, se presentó no obstante al punto.

—Mesire, dijo saludando á Montaygú me envía á vos monseñor el conde de Ostrevant, heredero de la Hainaut, de Holanda, de Celand y de Frisia. Sabe que teneis aquí una casa de príncipe, y en el estado en que se halla obligado á huir de la cólera de su padre, no atreviéndose como en sus otros viages, á presentarse desde luego en la corte de mon-

señor el rey, os suplica le hospedeis algunos dias con su comitiva.

—Todo nuestro palacio está á las órdenes de monseñor de Ostrevant, respondió Montaygú. ¿Le precedeis algunas horas?

—Una hora á lo mas. Espera mi vuelta y vuestra respuesta, mesire, para entrar en París.

—Decidle, pues, que su llegada nos colma de honor.

El joven señor de Duyvenverde le saludó y bajó la escalera. Juan Montaygú le acompañó hasta el último escalón. Entonces solo le preguntó qué comitiva era la del príncipe.

—Diez caballeros, respondió el enviado.

Picó espuelas á su caballo y desapareció.

—Esto cambia un poco la disposición de mi cena, dijo Juan de Montaygú al volver á entrar, dentro de un momento estarán aquí.

Dijo algunas palabras al oído á su muger; luego se encontró solo con el conde de San Pablo.

—Volveré á ver con placer, dijo éste, al joven conde de Ostrevant. Es un buen compañero.

—Demasiado buen compañero acaso, para el país que un día debe gobernar. Pero nuestro señor el rey, le quiere mucho. Lo ha demostrado ya dándole una de sus hijas en matrimonio; y aunque sea viudo de la princesa Francisca, muerta tan joven, aun no se le abandona, porque se trata de hacerle casar con mademoiselle de Borgoña.

—¡La hija de Felipe el Atrevido! Eso será para él un buen apoyo.

—Y tendrá necesidad de él, me parece. Su país de Hainaut, no es muy difícil de gobernar, aunque tambien se forman allí partidos; pero la Holanda, la Celand y la Frisia son mas indómitas. Hay por otra parte en el condado de Holanda, las dos facciones de los Hoecks y de los Cabillaux, que destruirán ese bello dominio, si no se tiene cuidado en conservarle.

Los Cabillaux son nombrados así del nombre de un pescado muy numeroso que llamamos nosotros bacalao. Este partido representa las ciudades y los comunes. Los otros son llamados Hoecks, es decir, anzuelos, para advertir á los primeros que les pescarán, como el anzuelo coge al bacalao; este partido está formado por los señores y los paisanos. Estas dos facciones amenazadoras desde su origen han puesto entre sí un río de sangre. Guerras, combates furiosos, traiciones, han dejado señales por todas partes. Alberto de Baviera, ese soberano poco hábil, cuyo hijo vamos á recibir, en lugar de calmar las disensiones, las ha exacerbado mezclándose en ellas. Al principio se declaró por los Hoecks, luego se declaró por los Cabillaux. Se ha achacado este cambio de conducta á una joven señorita llamada Alyda de Poelquest, á la cual obsequiaba; porque estaba viudo.

Los cortesanos irritados, arrebataron una noche hace poco tiempo á la pobre joven, y la mataron á hachazos cerca del palacio. Pero como asesinaron tambien á Guillermo Kreyser, maestro de la casa del conde, joven que había querido defenderla, vino el padre de aquel joven á pedir justicia, y llevaba la lista de los asesinos, ó á lo menos de aquellos á quienes acusaba. Eran éstos el vizconde de Leide, el señor de Haamstede, el señor de Duyvenverde, y los gentiles-hombres de las casas de Aspren, de Lalech, de Montfort, de Polanen; de Woude, de Varmond; contaba

entre todos cincuenta y cuatro, lo cual era mucho para un asesinato premeditado contra una muger. Alberto de Baviera, irritado, emplazó á todos estos señores, los cuales no comparecieron, los puso en el *edicto del conde de Holanda*, condenándolos como *fautores de atropello, en sus cuerpos y bienes*. Mientras se arruinaban sus castillos y se devastaban sus señoríos, se pusieron bajo la proteccion de Guillermo de Ostrevant, que habia quedado unido al partido de los Hoecks. El jóven fué objeto de este modo de la cólera de su padre, quien por una nueva sentencia le comprendió al punto en el número de los proscriptos. Guillermo se retiró, pues, con los desterrados, á quienes habia amparado, al castillo de Altena, que le pertenecía. Pero habiendo levantado un ejército su padre, siempre inflexible, fué á sitiarse allí. No atreviéndose á emprender una nueva guerra parricida, el jóven conde salió del castillo; y sin duda va á suplicar nuestra intercesion para con su padre, con objeto de que le vuelva á su gracia. La ocasion es buena; porque sabemos que Alberto de Baviera, aunque toca ya á la vejez, se prepara á contraer nuevas nupcias con Mad. Margarita de Cleves: y las fiestas de su matrimonio abren voluntariamente la puerta al perdón. Pero creo no obstante, que el consejo de monseñor el rey, le querrá dar alguna leccion á este jóven príncipe, á quien acusan de disipacion, de ligereza y de holgazanería. Nada ha hecho hasta aqui; y para un príncipe es vergonzoso.

Juan de Montaygú habia terminado apenas estas esplicaciones, que reasumimos sucintamente, cuando un gran ruido de caballos anunció la llegada de los proscriptos holandeses. El ministro bajaba hasta la puerta para recibir al príncipe y su comitiva. La señora de Montaygú, que se habia situado en lo alto de la escalera, condujo al punto á sus huéspedes á un salon, donde se les ofreció agua para lavarse, despues de lo cual presentaron los pajes á cada uno de los gentiles hombres ricos vestidos, de los que el mas magnifico estaba destinado al conde de Ostrevant. Los viajeros se desembarazaron de los arneses de campaña; y cuando la llegada de los señores franceses convidados por Montaygú, permitió servir la cena, los jóvenes fugitivos se presentaron ataviados como elegantes cortesanos.

El heredero de Hainaut y de la Holanda, tenia treinta años, era un bello jóven, que se presentaba bien, como se diria hoy; pero teniendo, en efecto, demasiada frivolidad y muy poco fondo para los destinos á que su nacimiento le llamaba. Sin duda era en aquella ligereza insustancial en lo que pensaba Montaygú, cuando hablaba de una leccion. Pero en el primer dia no se debia pensar mas que en la hospitalidad. No se ocuparon mas que de tratar bien al príncipe y sus caballeros, cuya piel blanca y color fresco demostraban ser hijos del Norte.

—Habeis viajado con un tiempo crudo é incómodo, monseñor, dijo Juan de Montaygú, pero llegais á París á buen tiempo.

—Mañana es en efecto, añadió el conde de San Pablo, cuando festejamos á Santa Genoveva, patrona de París, y tres dias despues vienen los dias de asueto de la Epifanía.

—Esperamos, mesires, dijo la señora de Montaygú, dirigiéndose á todos, que esos regocijos os harán olvidar las fatigas de tan largo viage.

—Todas han desaparecido con vuestra buena acogida, señora, dijo galantemente el señor Polanen.

No describiremos la cena, ni el hipoerás, ni los vinos compuestos, ni las conversaciones familiares que ocuparon la noche. Se acostaban temprano nuestros padres; y nosotros tambien tenemos prisa.

La mañana del dia siguiente, 3 de enero, se anunció por el sonido de las campanas y la alegría de los niños, por la animacion y los cantos del pueblo. Entonces no se olvidaba como en nuestros dias aquella humilde y santa pastora que habia salvado á París de los furores de Atila, y por cuyos beneficios hacíase la mirar en cierto modo como la fundadora de la gran ciudad para quien quedaba como su ángel titular. El reconocimiento es la memoria del corazon, como ha dicho un ilustre sordo-mudo. Nuestros padres recordaban, pues, que en la horrorosa enfermedad de los *ardientes*, la urna augusta de Genoveva no habia pasado por las desoladas calles de París sino para traer la salud; y se avergonzarian de nosotros nuestros padres y nuestros antepasados, si volvieran á este París tan magnífico donde Genoveva no ha tenido templo durante veinte años, ella, la santa hija del pueblo, á quien ellos siempre veían desde lo alto de los cielos estendiendo su cayado sobre su querida ciudad, y protegiéndola con su sonrisa. Entonces era grande la fiesta, la brillante urna resplandecía en medio de la iglesia pomposamente adornada, nubes de incienso se elevaban hasta el techo, y todo París se hubiera creído indigno de este nombre si no hubiese ido allí en aquel dia á honrar á su piadosa patrona (1).

Entonces no habia respirado todavía la Holanda el soplo de Calvino, mas frio que los hielos de sus grandes rios. El conde de Ostrevant y todos los que le acompañaban fueron á orar ante la urna de Santa Genoveva.

Tambien cenaron aquella noche en casa de Juan de Montaygú. Les aguardaba una fiesta al dia siguiente en la casa de San Pablo. Aquel mismo dia, 4 de enero, el gran maestro de la casa del rey fué á anunciar al consejo la llegada de sus huéspedes. ¡Mas ay! el príncipe no podia hablar al monarca.

En aquel momento el infortunado Cárlos VI, estaba sumergido en aquellos tenebrosos accesos de demencia que abrieron tan hondas llagas en el reino. El consejo que reinaba, y cuyo pensamiento habia adivinado Montaygú, se mostró dispuesto efectivamente á dar una leccion al jóven conde de Ostrevant.

—Ese príncipe que vuelve á refugiarse en nosotros, dijo el duque de Orleans, debe recordar sus deberes de caballero.

Hace treinta años se ha visto honrado con la alianza de la sangre francesa, debe gobernar grandes Estados: ¿qué ha hecho? todavía nada se ha unido á su nombre. Ha gastado su ardor en las vanas querellas que su débil padre deja aumentar. Y sin embargo, en los mismos estados que un dia debe poseer, tiene laureles que recoger. ¿No necesita reducir á esos frisonessiempre indomables, que no sufren ningun yugo, que han muerto á palos en un pantano á su conde Guillermo II; que mas recientemente en los fosos de Staveren han degollado á Guillermo IV, hermano del abuelo del conde de Ostrevant?

(1) Un decreto que ha inaugurado dignamente la subida al poder de Luis Napoleón, ha vuelto á sus altares á la patrona de París, con gran aplauso de todos los hombres de corazon.

—¿Qué hacer contra esos pueblos? monseñor, dijo Montaygú. Jamás se ha podido someterlos.

—Os engañais; se someten al cetro que reverencian: han alzado á Guillermo III sobre el pavés, ese mismo conde que mereció el sobrenombre de Bueno; pero desprecian el poder, cuando le ven en manos indignas. Presentadnos mañana al joven príncipe. En cuanto á su comitiva, acusada del asesinato de una muger, no puede comparecer en la corte.

Juan de Montaygú desempeñó con fidelidad su comision. Los gentiles hombres holandeses no se dieron por eso por ofendidos; era aun un siglo en que la verdad podia decirse.

El 5 de enero, Guillermo de Ostrevant fué presentado en la corte, donde los príncipes, parientes ó ministros del monarca tenian ocupado de tal modo su puesto, que le despojaban de él. Atravesó, al llegar al hôtel de las Grandes diversiones, el patio de las Justas, donde se verificaban los juegos caballerescos; despues, dejando á su derecha los patios de caballerizas, flanqueados de palomares y llenos de aves, y á su izquierda los jardines plantados de manzanos, sembrados de legumbres y adornados de emparrados, subió al palacio. Atravesó la cámara llamada de Carlo-Magno, de treinta metros de largo por doce de ancho (para conformarnos al estilo moderno), y cuyos postes estaban ricamente adornados con flores de lis de estaño.

Pasó por la cámara de las Sábanas, donde se conservaba la ropa blanca del monarca; luego por la cámara llamada, el dormitorio del Rey, que estaba entonces inhabitado; en seguida por la cámara de Estudio y por la de los Baños; y por fin llegó á un salon que se llamaba el *Retrete*, porque se retiraban allí para conversar. Todas estas habitaciones, aunque grandes, estaban demasiado oscuras; las ventanas con vidrios de colores como en las iglesias, estaban resguardadas por una alambra colocada para impedir que los pichones se instalasen en las habitaciones. Asi al poner el pie en el *Retrete*, se restregó los ojos el conde de Ostrevant, no viendo á nadie. En efecto, ninguno se presentaba. Nadie habia en el fondo de la pieza mas que el duque de Orleans, que habia pasado allí la noche y que estaba solo como perdido en su inmensa cama.

—Príncipe, dijo sentándose sobre el colchon, pensaba recibiros con mas etiqueta; pero no he podido convocar los señores tan temprano: al instante me levanto, y si os agrada comeremos juntos. Hoy se nos adelanta la hora; pero mañana os invitamos, en nombre de monseñor el rey, á tomar aquí con nuestros caballeros la cena de la Epifanía. Si la fiesta se prolonga algo por la noche, tendreis un lugar en nuestro lecho.

El conde de Ostrevant estaba embarazado: la acogida era un poco falta de etiqueta; pero como á falta del rey tenia necesidad de los príncipes, puso buena cara.

Durante la comida que fué corta, y en la que no se habló mas que de cosas indiferentes, se mostró alegre y desenvuelto.

Al dia siguiente fué á la cena de la fiesta de los Reyes, donde se debía echar alegremente el haba, esperando que admitido á aquella honra, se le daria al dia siguiente una audiencia.

La cena de los Reyes estaba preparada en la cámara de Carlo-Magno; una estrella redonda formada de muchas bujías pequeñas encendidas, centelleaba al extremo del vasto

salon, en recuerdo de la estrella de los Magos; banquetas guarnecidas de cuero estaban colocadas alrededor de la gran mesa, que esperaba cuarenta convidados; los criados, los escuderos, estaban muy ocupados; disponfense los pages á trinchar los abundantes platos; y los heraldos de armas encargados de la policia del festin, permanecian de pie en las cuatro esquinas de la mesa con su blasonado traje. Su gefe el rey de armas, anciano de cabellos blancos, debía proclamar el rey que designaria el haba, y darle las aclamaciones de honor. La reina y algunas damas honraban el festin con su presencia, pero el rey no debía presentarse en él; y su sillón, el único de brazos que habia en la cámara, debía permanecer vacío, guardado por el rey de armas, que se hallaba de pie detrás de él.

Habiendo bendecido el capellan de honor la mesa y la enorme torta de los Reyes que se elevaba en medio, tomaron asiento todos; la cena comenzó gravemente por una sopa, segun la antigua costumbre.

Antes de la distribucion de los platos, que los pages trinchaban, hicieron los heraldos la inspeccion de los convidados, para reconocer segun su deber, si eran todos dignos del honor que se les hacia, porque todo aquel que habia comido á la mesa del Rey, era reconocido por gentil hombre y caballero.

Al llegar al joven conde de Ostrevant, uno de los heraldos le miró atentamente; luego le preguntó su nombre.

—Guillermo de Hainaut, y de Holanda, conde de Ostrevant! respondió un poco sorprendido.

Entonces el heraldo cortó el mantel que estaba delante de él, con su espada, y arrojó el giron por tierra diciendo:

—¿Ignorais, señor, que nadie puede comer á la mesa del rey si no tiene armas?

A esta afrenta de la servilleta desgarrada, que era una deshonrosa exclusion, se levantó Guillermo con el rubor en su rostro, y contenido por el respeto que debía á los heraldos, á la reina y á la reunion, se limitó á decir:

—Mas creo que tengo armas, tan buenas como cualquier otro!

El heraldo se volvió hácia el rey de armas:

—El joven señor, dijo, sostiene su derecho.

—No, replicó el rey de armas, si es Guillermo de Ostrevant: el conde Guillermo IV, hermano de vuestro abuelo, ha sido batido por los frisones en Staveren; no solo no le habeis vengado, sino que su cuerpo ha quedado entre sus enemigos, privado de los honores de la sepultura. No sería así, señor, si tuvieseis armas!...

Todos los convidados estaban mudos y con los ojos bajos, durante una leccion tan grave. El joven príncipe, fuera de sí y perdiendo su aplomo, salió al punto del salon.

Un solo hombre le siguió para consolarle; era el conde de San Pablo, que le volvió á conducir al palacio de Montaygú.

—Mañana partimos, dijo Guillermo al entrar á los gentiles hombres de la comitiva; mañana á primera hora. He sufrido la injuria que merezco; pero lavaré este oprobio, y haré ver que soy caballero.

Habiendo dicho estas palabras, el conde de Ostrevant se puso á llorar. Despues de haberle prodigado el conde de San Pablo palabras que le animasen, le prometió partir con él para castigar á los frisones.

Guillermo partió para Mons á grandes jornadas, llevando

en efecto al conde de San Pablo y á algunos otros señores franceses. Desde Mons escribió á su padre para ofrecerle su sumision sin reserva, y pedirle permiso de ir á vengar el asesinato de Guillermo IV.

No solo le perdonó Alberto, sino que le mandó al punto un grande ejército, y fué con él á someter la Frisia en una guerra violenta que duró cuatro años. El cuerpo de Guillermo IV fué rescatado y sepultado con honra en La Haya en la capilla de la corte de Holanda. La corte de Francia felicitó entonces al conde de Ostrevant, que reinó algo mas tarde bajo el nombre de Guillermo V. El rey en 1409, le dió en París mismo el palacio de Juan de Montaygú, que se llamó desde entonces palacio de Baviera, y que fué derribado y dividido á fines del siglo XVI.

J. MUÑOZ GAVIRIA

ASBESTE.—Esta sustancia, conocida bajo el nombre de *amianto*, tiene la notable propiedad de hilarse como el cáñamo. La tela que se hace con los hilos del *asbeste* puede sufrir un grado muy alto de calor sin experimentar la menor alteracion.

LA HISTORIA DE UN DIAMANTE.

Hay en el mundo algunos diamantes célebres, no solo por su tamaño, porque no se les vé brillar sino sobre las personas de los reyes, sino tambien por los incidentes de su historia, por los sucesos que han señalado su descubrimiento y su paso á manos de diferentes propietarios. Tal es entre otros el grueso diamante del cetro imperial de Rusia, de que nos vamos á ocupar en este momento.

Perteneció primero al famoso conquistador Nadir-Schah, y hacia con otro diamante, tambien de extraordinaria talla, el principal adorno del trono de aquel monarca.

Los orientales en su hiperbólico lenguaje, llamaban al uno de aquellos dos diamantes *Sol de la mar*, y al otro *Luna de las montañas*.

Nadir-Schah fué asesinado, y la mayor parte de su pedería fué saqueada y repartida entre algunos soldados á quienes cupo aquel magnífico botín.

En aquella época, un mercader armenio llamado Schafras, y conocido despues en Astracan con el título del *millonario*, habitaba en Bassora con dos hermanos suyos.

Cierto gefe afgan, se presentó un dia en su cuarto, y le ofreció en venta un gruesísimo diamante, probablemente el que llamaban *Luna de las montañas*, como tambien una grande esmeralda, un rubí de considerable peso, y otras piedras de menor valor: por todo pedia un precio comparativamente módico.

Sorprendido de tal oferta Schafras, alegó que no tenia por entonces la cantidad necesaria para aquella adquisicion, y rogó al afgan que volviese otra vez, prometiéndole consultar el negocio con sus hermanos: empero el poseedor de las alhajas, desconfiando tal vez, no volvió á presentarse en casa del armenio, y aun se marchó de Bassora, lo que

hizo inútiles por de pronto los pasos que para hallarlo dieron Schafras y sus hermanos.

Algun tiempo despues lo encontró este por casualidad en Bagdad, y entonces le compró las alhajas en cuestion, en el precio de cincuenta mil piastras fuertes (sobre un millon cuarenta y ocho reales de nuestra moneda).

Schafras guardó prudentemente silencio sobre aquella compra, y volvió á Bassora á continuar el curso habitual de sus negocios.

Pasáronse doce años cuando Schafras tomó la resolucion de dejar á Bassora, é ir á buscar lejos de alli un comprador para su diamante.

Fué á Constantinopla, despues pasó á Alemania, y en seguida á Holanda, donde se fijó en la ciudad Amsterdam. Alli enseñó su tesoro y lo hizo proponer en venta en diferentes comarcas de Europa.

En cuanto fué conocido el valor de aquel diamante, muchos gobiernos hicieron proposiciones para su compra al armenio. Entre otros, el gobierno inglés le ofreció un elevado precio: empero, inferior todavia al en que estimaba Schafras su diamante.

En este estado se entablaron negociaciones entre él y los agentes de la corte de Rusia. Invitaban á Schafras á transportarse á San Petersburgo para tratar con él de la venta del diamante, y en el caso en que ésta no se arreglase se comprometian á pagarle una conveniente indemnizacion por el viage y los gastos.

En la capital de Rusia, Schafras fué puesto en comunicacion con el joyero de la corona, que despues de haber discutido con él sus pretensiones y regateado mucho le ofreció de parte del ministro Panin, cartas de nobleza, una renta de 6,000 rublos ó sean 66,000 reales y 500,000 rublos pagaderos, la quinta parte en el acto y el resto en diez años á plazos determinados.

Schafras aceptaba estas condiciones en lo tocante al dinero; pero pedia que sus hermanos fuesen hechos nobles tambien como él y que se le concediesen otros favores y privilegios: insistió tan fuertemente sobre estas exigencias que el conde Panin rompió la negociacion y le devolvió el diamante que ya habia entregado.

Schafras que ya contaba con la venta de su alhaja, habia multiplicado sus relaciones en San Petersburgo, se habian lanzado en un gran lujo y en hacer considerables gastos, tomando préstamos cuyo capital é intereses tenia que pagar, resultando que con la posesion de su tesoro se hallaba en la mas crítica situacion, agobiado de deudas y en visperas de faltarle hasta lo necesario. Por otra parte, los que le habian atraído á Rusia y conocian su necesidad se disponian á aprovecharse de ella.

Schafras tomó entonces el partido de dejar secretamente á San Petersburgo, y se fué á Astracan donde durante cierto tiempo permaneció escondido.

Habiendo sabido descubrirle allí el conde Gregorio Orloff, le hizo comparecer en su corte y recibió la mision de reanudar la negociacion para la compra del diamante.

Volvió á seguirla, en efecto, y concluyó con el armenio un tratado cuyas condiciones eran que Schafras seria elevado á la gerarquía de noble ruso, y se le pagarian de una vez 450,000 rublos. De esta cantidad habia que descontar la de 170,000 rublos por gastos de negociaciones, intereses y otras semejantes.

Habiendo terminado así el armenio esta importante negociación se estableció definitivamente en Astracan y adquirió en aquella ciudad nuevas riquezas, que fueron la herencia de sus hijas y que mas tarde fueron disipadas por los maridos con que éstas se casaron.

FERNANDO BELTRAN.

LA FONTAINE.

Juan de La Fontaine, uno de los mas bellos genios de Francia, nació el 6 de julio de 1621, en Chateau-Thierry, de Carlos La Fontaine, maestro de aguas y bosques, y de Francisca Pidoux. Su educación fué muy descuidada. Créese que estudió primero en una escuela de aldea y despues en Rheims, ciudad por la que tenía una especial predilección. Despues de algunos estudios medianos que le enseñaron un poco de latin, ensayó la vida monástica, primero en el Oratorio y en seguida en el seminario de San Moglorio; empero fastidiado muy pronto de una regla demasiado severa y de una vida de mucha sujecion para un carácter como el suyo, volvió á entrar en el mundo, donde sus distracciones, su ardor por los placeres, su indolencia y su pereza se dejaron conocer de todos. Semejantes disposiciones alarmaron á su padre, que para encadenar y fijar á aquel discípulo de Epicuro, renunció en él su empleo y se apresuró á casarlo con María Hericart, hija de un teniente bailio de la Fert-Milon, patria de Racine.

La novia era jóven, linda y dotada de mucho talento. Sin embargo de tantas ventajas no supo cautivar á La Fontaine. Nada menos extraño y admirable; de edad apenas de diez y seis años, en el momento de su matrimonio, no tenía ninguna esperiencia de la vida, sin duda muy poco conocimiento del corazon humano, y para colmo de inconvenientes le daban por marido á un hombre á quien, como á Ovidio, le gustaban todas las mugeres, y sin resistencia alguna cedía al imperioso atractivo del bello sexo. Su signo al nacer fué el ser enamorado y poeta, y casi hasta el último suspiro fué fiel á esta doble vocacion. El amor se habia declarado en él desde la mas tierna edad. Al contrario, á pesar de los consejos de su padre, que le estimulaba al estudio de la poesia, tenía veinte y dos años y aun no habia dado la menor señal de afición al arte que despues habia de hacer tan ilustre su nombre. Oyendo leer un dia en Chateau-Thierry, á un oficial de guarnicion, con énfasis una oda de Malherbe, sobre la muerte de Enrique IV, sintió por primera vez el fuego de la vocacion del poeta. Desde aquel momento se dedicó al estudio de Malherbe y de Horacio, Homero, Virgilio y Terencio. Ensayó hacer algunas composiciones, y llamaron éstas tanto la atencion de la duquesa de Veuillon, que se hallaba en Chateau-Thierry, que lo admitió en su compañía y lo llevó á París en 1660. Allí encontró poderosos protectores, entre otros al superintendente Fouquet, que lo llevó á su encantadora mansion de Vaux, donde compuso la mayor parte de sus hermosos cuentos y sus bellas fábulas. La Fontaine fué fiel á su protector Fouquet, y cuando éste en el colmo de la opulencia y del poder cayó hasta la miseria en una estrecha prision, La Fontaine no le abandonó jamás é hizo cuantos esfuerzos pudo, aunque inútiles, para mejorar la suerte de su bienhechor. La Fon-

taine se entregaba á todos los escesos, á todas las pasiones del amor. Compuso unos cuentos lindísimos, pero muy licenciosos. Si estos cuentos divertían á las mugeres de una imaginacion libre y voluptuosa ó entregada al esceso de las pasiones, alarmaban á las personas morigeradas y virtuosas, y le suscitaban gran número de enemigos en la corte. Jamás, á pesar de lo generosamente que protegía Luis XIV los grandes talentos, pudo éste conseguir su favor. Fué amigo de Racine, Moliere, Bernier y Boileau. La primera obra que publicó fueron los *Cuentos*, en 1664, esos poemáticas en los cuales, como hemos dicho, se ofende la moral y la decencia frecuentemente, y que en su mayor parte son una imitacion del Ariosto, del Bocaccio y del Maquiavelo.

Cuatro años mas tarde en 1668, comenzó á publicar sus fábulas, tan notables por la sencillez de su estilo, por su moral y delicadeza, y que hicieron una gran sensacion en todo el mundo: fábulas que todos cuando niños hemos aprendido de memoria.

En este género de composiciones, las fábulas, que todas las naciones han traducido á su idioma, y de que se han hecho millones de ediciones, ha conseguido La Fontaine el título de *inimitable*.

Samaniego, Iriarte y otros poetas españoles, han querido seguir á La Fontaine en su gloriosa marcha: ninguno ha podido llegar hasta él.

La Fontaine se hallaba siempre en un estado próximo á la necesidad, y á pesar de que todos le miraban con la mas profunda admiracion, y el siglo le proclamaba por el príncipe de la poesia, se hubiera muerto de necesidad sin la generosa proteccion de madama de La Sabliere. Encontró en esta señora, no solo una generosa bienhechora, sino una excelente amiga que le servia de guia, y con sus prudentes consejos le gobernaba con un imperio absoluto; empero tan dulcemente, que lejos de sentir amaba mas bien el poeta aquel yugo. Cuando aquella excelente muger, despues del profundo pesar que habia sentido al verse abandonada por su amante La Fare, se alejó del mundo metiéndose á devota, La Fontaine quedándose mas libre, se abandonó por su parte á su inclinacion ciega y desarreglada por los placeres.

La sociedad del duque de Vendome, de aquel gran general, de aquel sucio epicúreo, de aquel talento tan delicado, que de acuerdo en todo con su hermano el gran prior de Malta, con Chaulieu, con La Fare y otros libertinos de su laya, empero gentes de chispa y de genio, daba brillantes festines y orgías en su castillo de Anet, no contribuyó poco á lanzar al poeta todavía mas en el mal camino en que habia vuelto á entrar, y del que le hubiera tal vez apartado una muger amable, prudente, de talento, que hubiera tenido sobre él el necesario ascendiente. Ademas de lo que debía á la munificencia de estos príncipes, halló por último en madama Heruart y su marido, todo lo que el cambio de vida de madama de La Sabliere le habia hecho perder de dulzura y de agrado. Madama Heruart fué para La Fontaine una segunda madama de La Sabliere. Aunque jóven, era mas prudente y mas avisada que él en todo. La misma Ninon le predicaba la moral á La Fontaine, que no la escuchaba, y menos la practicaba, porque continuó siempre amando á las mugeres con el mismo ardor. A pesar de la viveza de sus inclinaciones, y la frecuencia de sus errores, La Fontaine habia respetado siempre la religion: así es que

sin trabajo ninguno se arrepintió de sus faltas y errores en sus últimos momentos, y murió dando muestras de penitencia y religiosidad en la casa de Mr. Heruart, su amigo, adonde había ido á vivir despues de la muerte de madama



Juan de La Fontaine.

de La Sabliere, el 13 de abril de 1695, á la edad de setenta y tres años, nueve meses y cinco días.

Fué llorado por muchos, entre otros por el gran Fene-

lon, muy digno de apreciar tan bello talento, y tener indulgencia por los defectos del mejor de los hombres.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.